

*Discurso del Presidente de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, Doctor Alejandro Lastra, en el homenaje al Presidente Honorario, Doctor Osvaldo Loudet, al año de su fallecimiento, el 26 de septiembre de 1984*

Siempre estamos en deuda con los que se han ido antes.

A veces es no haber sido con ellos como debimos de haber sido. Es un recóndito remordimiento que atenacea nuestra conciencia.

Pero otras, es no haber aprovechado todo lo que pudo brindarnos su rica personalidad.

No habernos enriquecido espiritualmente lo bastante con lo que surgía de su inteligencia, de su mundo moral y habernos deslizado a su lado, conscientes, sí, de sus valores íntimos que asomaban en su obra y que trasuntaba en su trato humano y cordial, pero sin aproximarnos a su alma, siempre abierta y afable, más de lo que lo hicimos.

Tal vez el ritmo apresurado de nuestra vida, nos ha privado de gozar de esos ribetes superiores que nacen de la amistad posible con seres superiores, cuya rica humanidad interior desborda su mera presencia externa.

Estos sentimientos se agolpan en mi corazón al tener presente la figura eminente de Osvaldo Loudet, cuya vida, cuya infinita bondad está siempre presente en nuestro espíritu, cuya rectitud, cuya sabiduría, su obra fecunda, en el plano de la cultura, de la ciencia, de las letras, de la filosofía de los más altos valores éticos, cubre la mayor parte de la historia civilizada del siglo veinte en nuestro país.

Su prolongada y fértil existencia, trabajador infati-

gable, se extiende desde comienzo de esta centuria hasta su fallecimiento, ocurrido en infausto momento hace un año.

En ese período cumplió, desde los años mozos, una obra que abarca los aspectos íntimos, recónditos del alma, su preocupación por los problemas públicos y de la enseñanza, hasta la relación de las grandes figuras de la ciencia médica, de la literatura, de la historia y de la acuciante vida de nuestro quehacer cotidiano.

Espíritu chispeante, seducía con el encanto de sus relatos y de sus anécdotas, como en sus reflexiones profundas, matizadas todas ellas con la luz de su espíritu poético.

Era un narrador atrayente en cuyo fondo perduraba el poeta, que vivía en él permanentemente y aquellas enseñanzas filosóficas que, cediendo a sus íntimos anhelos, lo llevaron de los anfiteatros de la Facultad de Medicina a las aulas sencillas de la Facultad de Filosofía y Letras, que ha expuesto muchas veces en sus ensayos y conferencias.

Su personalidad polifacética, brillaba en los estudios médicos dedicados especialmente a la psiquiatría, en su oratoria plena de elocuencia, en que sabía matizar los tonos de su voz para hacerla más penetrante e iluminada, con citas de sus lecturas de los clásicos universales, en sus conferencias ejemplo de erudición y amplio conocimiento de la materia que trataba, en sus ensayos que sabía manejar con maestría ejemplar, y en sus biografías que revelaban el estudio profundo de los personajes.

Toda su obra, que será necesario recopilar un día, es indispensable para conocer el desarrollo de los estudios universitarios en nuestro país y buena parte de las más ilustres personalidades de nuestro ambiente, que supo describir con rasgos maestros. Nos exhibe en sus trabajos la historia toda de la cultura de nuestro país. Y no hay en sus escritos una frase, una palabra de amargura o de crítica o de acritud. Su mansedumbre, no exenta de decisión y de firmeza, exhalaba de todo su ser.

\* \* \*

Rasgos característicos de su personalidad fueron su precocidad y la continuidad invariable de su obra, aunque deslizándose armoniosamente desde sus preocupaciones

universitarias hacia los estudios de las grandes figuras de la ciencia médica y de la nacionalidad. Mantuvo en todo momento la devoción y el respeto a sus maestros, así como la veneración sin tasa de sus antepasados.

La poesía, la medicina, la filosofía aparecen con su prosa límpida en las obras que escribió, infatigable, junto a la lámpara de sus largas vigiliias nocturnas.

En todo su ser pareciera que había asimilado las palabras de Séneca, cuando manifiesta: "Los placeres de los sabios son apacibles y moderados, casi débiles, concentrados y apenas visibles; pues vienen sin ser llamados, y cuando llegan espontáneamente no son recibidos con honores ni con gozo alguno por los que los experimentan, pues los mezclan e intercalan en la vida como el juego y la diversión entre las cosas serias".

Es imposible reseñar la vastedad de los trabajos de este moralista excelso, que lo fue en su vida y en sus eruditas construcciones intelectuales.

Desde las emotivas páginas de su libro *Recuerdos de Infancia y Juventud*, hasta sus doctas intervenciones e iniciativas en el Consejo Directivo de la Facultad de Medicina y en el Consejo Universitario, así como en sus estudios científicos vinculados con la psiquiatría, emergen todos los sonos de su rico diapasón.

En *Recuerdos de Infancia y Juventud*, dedicado a sus hijos y a sus nietos, recuerda con cálida emoción a sus antepasados, cuyas vidas revive en páginas plenas de cariño y agradecimiento.

De su abuelo Ingeniero Elías Tornú, que construía puentes y caminos para unir a los confines de la patria y que "amaba la vida como un regalo de Dios" dice: "Proverbialmente generoso, no puso el ideal de su vida en la gloria ni en la fortuna, que casi siempre están lejos de la felicidad. Su ideal estuvo en la conquista del bien para los demás... y de todos los nobles sentimientos que alentaron su vida, cultivó con mayor empeño la amistad, bajo el signo inequívoco de Montaigne".

De su abuelo paterno Bartolomé Loudet, nos expresa que "Vivió los tres romanticismos de la época: el religioso con Lemmenais, Lacordaire y Montalbert; el literato con Chateaubriand, Lamartine y Víctor Hugo; y el político con

Guizot, Villemain y Cousin. La fe lo salvó del escepticismo, la libertad de la esclavitud, el espíritu creador de la monotonía de la vida”.

Recuerda con ternura a las que llamó sus tres madres. La primera que le dio la vida, la segunda, hermana de su madre, que los amparó cuando quedaron huérfanos y la tercera, que formó su alma.

\* \* \*

En el prólogo de *Itinerario*, que contiene etapas de su múltiple existencia, señala que “Entre el romanticismo literario y el positivismo científico, hizo mi alma una vida pendular. Para neutralizar el glacial realismo de la calle Córdoba —natural y lógico por la naturaleza de sus indagaciones— asistía como francotirador a la Facultad de Filosofía y Letras de la calle Viamonte, la cenicienta de la Universidad”. Y continúa expresando que “No es de extrañar, entonces, que entre las páginas de la Anatomía de Testut, la Histología de Cajal y la Fisiología de Grey, se encontraran mis primeros versos líricos inspirados por Hugo y por Musset”.

Y termina expresando algo que está en la intimidad recóndita de su espíritu y alumbró su vida. Dice “Nada alista tanto como la tolerancia y la amistad sincera, la simpatía espontánea y pura. El éxito tiene un valor muy relativo. Lo que vale es el esfuerzo y un ideal superior y límpido. Tal vez lo mejor de los laureles son las lágrimas escondidas entre sus hojas”.

Apotegma paralelo a la máxima de Epicteto, el esclavo liberto, filósofo de la escuela estoica, cuando nos declara que “No es posible que ame a los hombres quien ama las riquezas, los placeres o la vanagloria. Sólo el que ama lo honrado y lo decente es capaz de amarlos de verdad”.

En 1909, en plena juventud, escribe palabras llenas de cordura sobre los *Problemas Universitarios*, en que subraya la importancia de la enseñanza intensiva, monográfica, especializada y de investigación propia, que sustituye con ventaja a la extensiva y enciclopédica. En la misma ocasión ya señala la importancia de la extensión univer-

sitaria, tema que lo apasiona y que habría de desarrollar posteriormente.

En su carácter de relator oficial del Segundo Congreso Internacional de Estudiantes Americanos en julio de 1910, revela que la cultura literaria es el complemento necesario de la cultura científica, expresando que “El estudio de la literatura clásica, helénica y latina, de donde han surgido los elementos celulares de nuestra civilización, tiene una influencia selectiva en nuestro espíritu, atenuando las asperezas, las brusquedades y los apasionamientos para introducir la delicadeza, la gracia, la sencillez y la serenidad, esta última virtud creadora del hondo pensar verdadero”.

Y agrega “. . . la cultura literaria y la cultura científica se completan mutuamente y ambas son indispensables para la total educación del espíritu”.

El Congreso aprobó las propuestas del joven Loudet y decidió publicarlas en folleto aparte.

Su ensayo acerca de *Los Estudiantes en el Centenario*, publicado en la Revista del Centro de Estudiantes de Medicina, prueba una vez más la madurez promisoría del adolescente escritor, como las *Reflexiones de un Estudiante*, en la memoria de la Federación Universitaria de Buenos Aires en el año 1914, así como su Conferencia de 1913 sobre la Universidad en la Historia, en que desenvuelve sus ideas sobre la extensión universitaria”.

En su entrevista con Anselmo A. Pelosio reitera que “la misión fundamental de todo maestro es despertar los valores espirituales que existen en latencia en sus discípulos. . . La tarea esencial es la formación de personalidades: es decir la fecundación de las inteligencias y la vigilancia activa de su desarrollo”.

Y preguntado por qué se especializó en psiquiatría manifiesta: “Desde mis primeros años de estudiante pensé en hacerme psiquiatra, me pareció que la clínica de más alta jerarquía era aquella que estudiando al hombre en su totalidad psicoorgánica ponía su acento en las enfermedades del espíritu”. “Deseaba —dice— penetrar en la selva psiquiátrica. Me atraía su espesura, sus sombras, sus rumores, sus misterios”, y agrega “Si la razón es el más alto valor del hombre —la luz que lo separa de la anima-

lidad, lo que le da su categoría humana— su pérdida es la más terrible de las desgracias, y su recuperación, por la ciencia médica, la más conmovedora de sus glorias”.

Pero la obra científica y literaria del doctor Loudet con sus matices poéticos y filosóficos, es tan amplia que resulta imposible resumirla en el curso de una conferencia. Necesita del libro exhaustivo, que exponga con minuciosidad su labor incansable.

Sería interminable exponerla.

Fue Vocal y luego Presidente del Instituto Popular de Conferencias de “La Prensa” durante largos años y lo hizo con especial sabiduría y elocuencia pronunciando numerosas conferencias luego recopiladas en algunas de sus obras, entre ellas sobre *Alberto Gainza Paz: la vida y obra de un gran periodista* y *Alfonso de Lafferrière: un maestro de la crítica política*. Presidió y presentó la entrega del premio Alberdi-Sarmiento, a numerosos acreedores a esa alta distinción como al doctor Enrique Campos Menéndez, al historiador chileno Eugenio Pereira Salas, al brasileño Julio de Mesquita Neto y al doctor Leandro Pita Romero.

Fue uno de los grandes presidentes de ese Instituto que ahora dirige con prestancia el doctor Osvaldo Fustinoni.

No es posible enumerar todos los títulos académicos nacionales y extranjeros que adornaron su existencia, así como las publicaciones que fundó y dirigió, alguna de ellas como la Revista de Criminología, Psiquiatría y Medicina Legal durante veinticinco años o los Anales de la Sociedad de Criminología durante doce años y el Boletín de la Academia Nacional de Medicina durante diez años.

Publicó más de veinticinco artículos críticos y evocativos y no menos de veinticuatro libros, alguno de ellos en prensa al momento de su fallecimiento. Recibió la faja de honor de la Sociedad Argentina de Escritores en 1963 por su obra *Humanistas y Médicos del Renacimiento* y el Primer Premio Municipal sobre Ensayos en 1969, por su producción sobre *Médicos Argentinos*.

Fue Profesor Consejero y Vice Decano de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires, Profesor y Consejero de la Facultad de Filosofía y Letras, Miembro Correspondiente Extranjero de la Sociedad Médico Psicológica de París, Miembro Correspondiente de la Sociedad de Medi-

cina Legal de Francia, Presidente y Fundador de la Sociedad Argentina de Criminología, Miembro del Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires, Miembro del Consejo Directivo de la Sociedad Internacional de Criminología, Roma, 1938. Miembro del Consejo Directivo de la Sociedad Internacional de Criminología, París, 1950.

Profesor titular de Clínica Psiquiátrica en la Facultad de Ciencias Médicas de La Plata; Profesor titular de Criminología en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de La Plata; Profesor extraordinario de clínica Psiquiátrica en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires.

Uno de sus más preciados blasones, al que consagró años de su vida y de su diario quehacer, fue el Rectorado del Instituto Libre de Segunda Enseñanza, en que sucedió sin mengua a Coriolano Alberini.

Al cumplirse ochenta años de la fundación del Instituto, el 16 de mayo de 1972, pronunció palabras elevadas a sus discípulos que constituyen una lección ética y en parte les dijo: "Este colegio ha estado durante su larga vida alejado de los cambios políticos y de los tumultos sociales, y ha tenido el culto de nuestros grandes hombres. Ha sido lo que debía ser: una casa de estudios donde los alumnos vienen a aprender y los profesores a enseñar. Sembradores de conocimientos, de ideas fecundas y de sentimientos nobles, han respondido a su misión de maestros de la juventud. Han enseñado que la verdadera nobleza no está en los nombres y en los títulos. La verdadera nobleza está en el trabajo, en el estudio, en la lucha sin pausa de todos los días. Si la instrucción es muy importante, en la preparación de los estudiantes, la educación es fundamental. De poco sirven los conocimientos si no son utilizados en forma correcta, respetando la jerarquía de los valores morales. De poco valen, si no se cultivan al mismo tiempo normas de conducta. La actual crisis en la enseñanza media y superior tiene su origen en gran parte, en la falta de ideales superiores, en la libertad mal practicada y peor entendida, en los desvíos de los caminos que llevan a la verdad y a la justicia. No es cuestión en la vida de saber mucho, sino de practicar la justicia y la libertad, sin los excesos que deformen la realidad de sus valores.

Pocos pueblos son tan inteligentes como el nuestro, pero la inteligencia hay que utilizarla para conquistar la luz y no para actuar en el mundo de las sombras”.

Y terminó en forma que constituye un retrato de su espíritu superior: “Permitidme una última confesión. En la tarde de la vida, próximo a la noche, el alma medita con gran serenidad, y comprende con indulgencia los hombres y las cosas. La visión del último horizonte nos vuelve más tolerantes y más buenos. Quiero decir que siempre he amado la juventud naciente, las almas en flor, y el sol de las cabezas todavía rubias ha derretido en parte la nieve que el tiempo ha puesto sobre mis sienes. El destino me ha deparado éxitos que tal vez no he merecido. Ha sido generoso conmigo. He sido titular en varias cátedras universitarias, he presidido congresos científicos, he llegado a ocupar los sitials de tres academias, he sido laureado por alguno de mis libros; pero las emociones más puras que han sacudido profundamente mi corazón, las he sentido en esta casa, al lado de los jóvenes que se forman en este Colegio y junto a un profesorado que enseña con amor y vocación docente. Nunca me han cegado las vanidades del mundo. Os doy las gracias por vuestro apoyo, vuestra simpatía y vuestra benevolencia”.

Cabe diferenciar sus trabajos exclusivamente científicos y criminológicos, de aquellos de estirpe literaria y de ciencias morales, sin olvidar sus poemas, reunidos en el libro *Regreso*.

A sus empresas de juventud que hemos señalado, hay que agregar su proyecto creando la Federación Universitaria Argentina, inspirado en los más altos propósitos, y promovido cuando era Presidente del Círculo Médico y del Centro de Estudiantes de Medicina, en octubre de 1914.

Su espíritu universitario no se limitó al ejercicio de su función específica en el organismo que presidía, sino que abarcó todo el mundo estudiantil y señala normas éticas de cumplimiento estricto. Así al acrecentamiento de los estudios, a la selección del profesorado mediante la docencia libre, a la gratuidad para los mejores y más capaces mediante becas, a las residencias de estudiantes y a la cultura física y estética sostenida por el Estado, agrega una serie

de deberes, señalando que: "El deber específico primordial y supremo de todo estudiante es estudiar. Estudiar en forma disciplinada, honesta, continua; no en forma superficial, habilidosa y episódica. Ser estudiante es 'tomar un estado' que no puede ceder a ningún otro, ni pensamiento, ni afecto, ni voluntad, ni tiempo que pueda debilitarlo, desviarlo o perderlo".

Además de su dedicación a los pacientes mentales en hospicios o institutos, desarrolló una intensa actividad docente como profesor de Clínica Psiquiátrica en Buenos Aires y La Plata. Fue profesor de Psicología en la Facultad de Filosofía y Letras.

En su producción de carácter psiquiátrico son de señalar sus trabajos sobre *Diagnóstico retrospectivo de la alienación mental*, *Simulación de la locura y constituciones psicopáticas*, *El Padre Castañeda a la luz de la psicología patológica*, *¿Qué es la locura?*, *Las reacciones antisociales mentales*.

Durante quince años, desde 1927, dirigió el Instituto de Criminología de la Penitenciaría Nacional, en el que sucedió a José Ingenieros.

En ese Instituto creó el Anexo Psiquiátrico para estudiar a los penados como casos clínicos, de lo que informó en el Primer Congreso Latinoamericano de Criminología, reunido en Buenos Aires en 1938 y que fue sancionado con un voto de aplauso.

En sus estudios sobre criminología se cuentan *La confesión y el remordimiento de los condenados*, *Los índices psicológicos y médico legales de la peligrosidad*, *El diagnóstico del estado peligroso*. Este último constituyó el informe oficial al Segundo Congreso Internacional de Criminología que tuvo lugar en París en 1950, recibiendo la designación de Miembro Argentino de la Sociedad Internacional de Criminología, distinción que también recibió en Roma en 1938, en ocasión del primer Congreso.

La Medicina Legal fue una de sus muchas preocupaciones, siendo en 1920 Consejero de la Facultad de Medicina, logró que se aprobaran sus proyectos de creación del Instituto de Medicina Legal de Cursos para Médicos Legistas.

En su discurso de incorporación a la Academia Nacional de Medicina, comienza con una prueba de su íntima

humildad y de veneración a sus padres. Dijo: "Lo que yo puedo ser lo debo a mis progenitores. Si alguna partícula de luz existe en mi inteligencia, viene de mi padre; si un sentimiento de ternura y de simpatía humana se anidan en mi corazón, viene de mi madre. Sin esa luz y sin esa bondad heredadas no habría podido ser el médico que siempre quise ser. Y bien, no existe ningún mérito en heredar un grande o pequeño tesoro; si alguno tengo es el haber tratado de conservar en parte lo que ellos me legaron".

En la misma ocasión al hacer el elogio del doctor Adrián Bengolea, que lo había presidido en el sitial académico, expresó: "El que no ha sufrido, el que no ha sentido en sí mismo las angustias y la desesperanza de los enfermos, y el que no ha podido remediarlos en todo lo posible, ha vivido poco en profundidad y altura. Por eso la ciencia no basta para ejercer nuestro magisterio; el amor no basta para aliviar el sufrimiento. Hay una raíz más honda que explica nuestro deber, nuestra abnegación y algunas veces nuestro sacrificio. Viene de una creencia inmovible que anida en el espíritu humano. Aquellos que no creen nada más que en la realidad sensible, aquellos que no tienen hambre metafísica, nunca cumplirán totalmente su misión sobre la tierra y jamás comprenderán ni la profundidad del cielo, ni la música divina de los astros".

En esas palabras está expresado el médico humanista, que no se satisface con el diagnóstico frío de las enfermedades y su tratamiento, sino que va más allá en la consideración del enfermo y ausculta los latidos de su alma doliente.

No tengo capacidad para juzgar los estudios científicos del doctor Loudet, pero debo señalar que el que más me ha impresionado, por su profundidad y su análisis del espíritu humano, es su tesis doctoral que fue laureada con el premio Eduardo Wilde y versa sobre *La pasión en el delito*.

Allí realiza una disección sobre los elementos de la vida afectiva, los sentimientos, las emociones y las pasiones, diseñando las diferencias que señalan uno y otro de esos estados espirituales.

Censura que desde Descartes la preocupación permanente de la psicología haya sido el estudio de la inteligencia,

mientras se mantenía casi olvidada, a la sensibilidad; hasta que últimamente se produjo la reacción necesaria.

“La investigación de los dominios de la psicología antes olvidados, ha demostrado con claridad —dice— en qué profundas fuentes se alimenta el pensamiento y qué causas obran poderosamente sobre la conducta de los hombres. Es de los dominios de la sensibilidad —continúa expresando— de donde surgen las tendencias más irreductibles, las acciones más firmes y fecundas, los imperativos más categóricos. El gran error del intelectualismo fue abandonarla, cuando en ella reside lo más permanente y lo más substancial de la naturaleza humana”.

De esta expresión doctrinaria arranca su estudio, en que me es imposible detenerme, pero deseo señalar, que a su juicio, en la sustitución de las pasiones durante la evolución del individuo se suceden: en la infancia la gula; en la juventud el amor; en el adulto el amor por la ambición; y en la vejez la avaricia.

Pero abandonemos la ciencia para ir a la literatura, en que se destaca nuestro hombre con su prosa honda, plena de espíritu poético y de matices filosóficos.

En su discurso de presentación en la Academia Argentina de Letras, el Académico Carmelo M. Bonet destaca que su estilo es como aprendido en Renan, en Anatole France, en Hipólito Taine, “de clásica tersura, al que agregó una armonía y rotundidad que recuerda a veces la de Chateaubriand. . . una armonía con balances rítmicos a lo Valle Inclán, el de las sonatas, no estudiada sino fruto de un oído de poeta”.

Después de mencionar algunas de sus obras, manifiesta que con granos de ironía y de humorismo sin agresividad y oportunas reminiscencias eruditas, dio cuerpo a un libro pequeño, pero grande. Lo tituló *De los días y las noches*, que recuerda el del clásico Hesiodo *Los trabajos y los días*. Considera que las fuentes de Loudet deben haber sido: Marco Aurelio, Pascal, La Bruyère, La Rochefoucauld, Oscar Wilde, sin olvidar a Ramón y Cajal. Por mi parte, agregó la filosofía estoica que nutrió su espíritu e inspiró muchos de sus mejores pensamientos.

En su discurso de recepción, el maestro Loudet se refirió a Pedro Miguel Obligado, poeta de su preferencia y

de quien dice con sagrada inspiración: "Tiene la serenidad de un mármol de Fidias; su perfil ha permanecido inalterable ante los vientos adversos; presenta una sombra de melancolía que es un signo de la aristocracia de su espíritu; en fin un gesto de total renunciamiento del hombre que ha sufrido mucho y perdonado siempre. Si vivió entre Heráclito y Demócrito, estuvo sin duda más cerca del primero, y en último caso, entre el llanto y la risa, encontró una expresión equidistante: una triste sonrisa".

En estas palabras el maestro se ha retratado a sí mismo, con palabras que aparecen en sus obras y en *Regreso*, su colección de poemas.

Al terminar su retrato del escritor que admiró, estampó estas sentidas palabras, que no puedo dejar de reproducir porque revelan la delicadeza y profundidad de su alma.

Dice Loudet: "En los últimos tiempos veía al poeta con mis ojos de médico y adivinaba el mal que lo vencía. Estos ojos de médico siempre me torturan cuando tengo que ver con ellos la enfermedad o la muerte que acechan a los seres que más admiro o que más amo. Entonces, hago un esfuerzo, los arrojo de mí mismo, me despojo de ellos y de su visión sombría, para no ver sino con ojos dulcemente humanos, ingenuos e ignorantes, cubiertos de un velo de ilusión consoladora. Yo presentía en este caso, su ausencia definitivamente y hay ciertas ausencias que parecen imposibles. No podemos conformarnos. Nuestro amor, nuestro cariño, —agrega— nos hacen dudar y nos alucinan. No podemos creer que una voz se haya perdido para siempre, una voz que con su dulzura nos atenuaba la amargura de vivir. Pensamos en un silencio transitorio y que el canto resurgirá de nuevo. La esperanza de volver a vivir lo que hemos vivido, de volver a soñar lo que hemos soñado, de volver a amar lo que hemos amado, nos evita caer en el abismo de la desolación. En el mar tumultuoso en que nos agitamos, arrojamos el ancla de la duda para detenernos un momento y no naufragar".

En sus numerosos estudios literarios y políticos, se ha ocupado el ilustre profesor de otros poetas, Baldomero Fernández Moreno y Rafael Alberto Arrieta.

Del primero de ellos describe la lucha espiritual en que

se debatió entre su nombradía de médico y la de poeta, hasta que venció esta última, que respondía a las fibras más íntimas de su ser. Recuerda su infancia pasada en España, la tierra de sus padres, que imprime una fuerte impresión en su espíritu que hace decir a Loudet que “tenía el alma ingenua de una aldea española” y su período de médico rural, época en que ya compuso algunos de sus más puros, ingenuos y sentidos poemas.

Y se desató la lucha entre el médico y el poeta, en que venció este último, pues su vida profesional se convirtió en su sendero de torturas. En sus memorias Fernández Moreno ha dicho: ¿Cómo madrugar para atender al paciente que urgía en el aldabonazo de la puerta, o en el reguero metálico del teléfono? ¿Cómo llenarse la cabeza de responsabilidades y la agenda de direcciones, de cuentas y consultas? Porque una cosa era estudiar, aprender con la luz de las auroras o el negro café de las vigilias, y otra el trabajo de todos los días, en guerra con el colega, con el boticario, y hasta con el curandero. La torpeza de sus manos se acentuaban cada vez más; la vida se le enredaba entre los dedos, como el catgut y la crin de las operaciones.

Y el certificado de defunción del galeno estuvo en su “Romance de mis chapas de Médico”, que comienza así:

“¿En dónde estaréis ahora,  
mis pobres chapas de médico  
en qué sótano, en qué altillo,  
en qué baúl o ropero?

Chapas que fuisteis un día  
veinte años, hace, lo menos  
esperanza de los míos,  
remate de mis esfuerzos”.

Analiza Loudet la poesía de Fernández Moreno y destaca que su originalidad estuvo en los temas y en la forma de expresión. “Descubrió la poesía —dice— que se esconde en lo minúsculo”, pues —agrega— “este poeta de tan fina y profunda sensibilidad tenía que ser el inigualable poeta del minúsculo”. “El sencillismo fue su originalidad y su gloria”, “es siempre él mismo que habla en voz baja y dulcemente”.

Y termina su estudio diciendo: "Hijo de Apolo y de Esculapio, amó inmensamente, y tuvo como fieles amantes a todas las estrellas".

\* \* \*

El estudio sobre Rafael Alberto Arrieta no está dedicado a su obra poética en sí misma, sino a su amor a los libros, expresando que el bibliófilo tiene alma de guardabosque y que a la par que sentía un puro amor por los libros, éstos le correspondían haciéndole más sabio, más bueno y tolerante. "Vivía —dice— en el paraíso de los libros para estar más lejos del purgatorio de los hombres. En ellos podía encontrar la luz y el consuelo, la verdad siempre fugitiva y la belleza perenne".

\* \* \*

Estos tres poetas de la intimidad y la melancolía, reflejan el ánimo reflexivo, tierno y sin duda angustiado por el afán metafísico, que anida en el alma de Osvaldo Loudet.

No los eligió en vano para sus comentarios. No se le ocurrió hacerlo con poetas épicos o autores de estrofas sonoras. Rubén Darío, el poeta panteísta, aparece apenas mencionado al pasar, en uno de sus escritos.

Y esa circunstancia es la que explica la dulzura, la suavidad que aparece en *Regreso*, su obra de poemas, que admite digno parangón con las egregias figuras de la poesía, que aparecen en sus ensayos.

En el primero de ellos, que denomina "Inicial", nos dice con docilidad:

"Soy médico, alivié el dolor humano  
me condujo Esculapio de la mano;  
pero cuando soñé, con mi alma, sólo  
sentí la luz, la música de Apolo".

En "El Molino", nostalgia sin duda de sus años jóvenes pasados en Morón a principios del siglo, que tanto añoró y describió con palabras emocionadas en una de sus

obras; ese Morón de las quintas embalsamadas por los perfumes de las flores y los altos eucaliptos que divisaba antes de llegar, expresa:

“Comprendo tu canción viejo molino  
Seguidilla de amor y de esperanza,  
Blanca canción de bienaventuranza,  
En el alma del fuerte campesino.

Siempre girando en la serena altura  
Tiendes tus brazos a la blanca estrella,  
Pides al viento su canción más bella,  
Y la tuya es un hilo de agua pura!

Así es mi corazón, molino al viento,  
Música de agua, música de fronda:  
De la vida canción humilde y honda,  
Mueve sus alas el amor que siento”.

Lo acosan los fríos invernales y escribe “Hermano mío:

“Te siento hermano mío, junio triste  
Como tus árboles sin hojas  
Son mis cantos;  
Como tu cielo gris  
Así mi vida;  
Como tu lluvia muda  
Así mi llanto,  
Te siento hermano mío, junio triste”.

En “Psicoterapia”, aparece el médico que mejora a los enfermos no sólo con su tratamiento, sino con la ternura y el amor:

“Ignoran los enfermos que tuve a mi cuidado  
Que no es la amarga droga lo que los ha curado:  
Es la palabra dulce que vierto gota a gota  
cuando las febles almas presagian la derrota”.

En el último de sus poemas, “Regreso”, nos dice:

“Vuelvo con las manos vacías; todo lo he dado:  
Luz de las estrellas para alumbrar el camino,  
Mágicas canciones para todo lo soñado.  
Mi corazón humilde se lo ofrecía al destino.

Regreso pobre de amor, de ensueño y de esperanza:  
Un tesoro de lágrimas solo he recogido;  
Crepúsculo violeta del alma en lontananza,  
Un dolor puro y santo como un niño dormido”.

\* \* \*

Al doctor Loudet lo adornaron las virtudes aristotélicas. La templanza, que consiste en resistir mediante la razón las pasiones y los deseos que se sienten en el alma. La dulzura que es saber mantenerse en lo justo entre dos extremos. Así pues la dulzura es el medio entre las pasiones. La grandeza de alma, la modestia, la recta razón, la moderación y el buen sentido.

Él podría haber dicho con Epícteto, en el instante de su partida definitiva de este mundo terrenal: “¿Cómo te gustaría que te sorprendiese la muerte? En lo que a mí respecta, yo quisiera que me sorprendiese ocupado en algo grande y generoso, en algo digno de un hombre útil a los demás; no me importaría tampoco que me sorprendiese ocupado en corregirme y atento a mis deberes, con objeto de poder levantar hacia el cielo mis manos puras y decir a los dioses: He procurado no deshonrarlos ni descuidar aquellas facultades que me disteis para que pudiera conocerlos y servirlos. Este es el uso que he hecho de mis sentidos y de mi inteligencia. Además, nunca me quejé de vosotros ni me irrité contra lo que me mandasteis, fuese lo que fuese. Mientras que lo habéis permitido he usado de vuestros beneficios; ¿que ahora queréis quitármelos? Sea; os los devuelvo sin protesta; vuestros son, de modo que disponed de ellos como mejor os parezca. Yo mismo me pongo en vuestras manos”.

No puedo terminar las palabras que he pronunciado, sin mencionar con emoción a la esposa del doctor Loudet, doña Corina Mallo de Loudet, cuya fisonomía revelaba en su mirada la bondad y la paz de su alma.

Fue una brillante estudiante de medicina y obtenido el título se especializó en pediatría, pero abandonó el ejercicio profesional a raíz de su casamiento.

Formó con su marido una alianza de íntima felicidad, que se mantuvo invariable hasta el fallecimiento de am-

bos, que se produjo con escasa diferencia. Cuando ella faltó, él decayó rápidamente.

Era la confidente de sus preocupaciones y la lectora atenta de sus obras. Gozaron de una unidad perfecta hasta la hora del paso al más allá.

Este homenaje que la Academia rinde a su egregio Presidente Honorario, se extiende también a ella, que fue su compañera fiel. Ambos están unidos en nuestro corazón.

Siguiendo a Leibnitz, podemos decir ante sus vidas paralelas que "Dios, como es el mejor de los señores, nunca pide más que la intención recta, y a El corresponde la hora y el lugar para hacer que se logren los buenos designios".

Esta pálida semblanza de lo que fue en vida Osvaldo Loudet, expresa que para los suyos y para todos aquellos que lo conocimos, una vez muerto, se le amará más y su figura se engrandecerá. La muerte abre las puertas de la eternidad.

Su presencia permanecerá siempre en esta casa.